

TESTIMONIO DE UN FRACASO
HUANDO

HABLA EL SINDICALISTA ZÓZIMO TORRES

CHARLOTTE BURENIUS

IEP Instituto de Estudios Peruanos

CONTENIDO

Prólogo / ANTONIO MELIS	13
Introducción	15
1. De la vida, la muerte	37
2. Así lo han enterrado al día	41
3. Y entonces tuvo miedo	45
4. Zózimo aprende otro abecedario	51
5. Del amor al servicio militar	53
6. Años al trote, amores al galope	57
7. Con mi hermano que sí se llama Zenón...	63
8. Arturo Sánchez entra al ruedo	71
9. Esa es mi reflexión	80
10. De este lado del sueño	86
11. Enigmas del regreso	88
12. De la fatalidad de los colores	92
13. Aunque parezca mentira	97
14. Las lucecitas de Huaral	101
15. Por eso te vengo diciendo	103

16. Escrito a voces	106
17. Otro crimen que no se cometió	114
18. Como Dios en todas partes	119
19. De los estragos ocasionados por una balanza viperina	124
20. Zózimo descubre otras huellas	128
21. Háblame del agua	132
22. Una boda de película	134
23. Y detrás del telón...	136
24. ¡Tierra o muerte!	141
25. Todos a una	143
26. Los paisajes se van de viaje	147
27. Accidentes de trabajo, nada más	149
28. ¡General Velasco! grité, ¡Soy de Huando!	154
29. Y con el perdón de la letra "S"	163
30. La suerte yendo y viniendo	167
31. Extraños compañeros	172
32. Amanecer y ocaso de Betty Gonzáles	174
33. Súbitamente, impensadamente	178
34. Dos voces en el viento	182
35. Las palabras dicen más de lo que dicen	199

PRÓLOGO

EL PERÚ DE ZÓZIMO Y LA HISTORIA OFICIAL

Uno de los acontecimientos culturales más importantes de las últimas décadas en América Latina, es el rescate de la “historia de los hombres sin historia”. Esta hazaña se aprecia mucho más hoy, cuando el plan sistemático de destrucción de la memoria ha avanzado en todo el mundo con pasos de gigante. La ofensiva ha ido afectando la misma historia tradicional, que se ha transformado rápidamente en una actividad meramente académica, ininfluyente en las masas, arrodilladas en adoración frente a la pantalla televisiva, la gran expropiadora de la memoria. Si ya en el pasado reciente la literatura testimonial se afirmó como un momento de resistencia cultural, hoy esta dimensión se propone con mucho más fuerza. A partir de los Zózimos Torres es posible tal vez empezar a construir de nuevo un discurso compartido.

La escena originaria de la vida de Zózimo es la que registra una doble pérdida. La ausencia temprana de los padres, marcada además por la violencia brutal, se transforma en un estímulo para crear un nuevo tipo de familia solidaria a través de la lucha. La posible clave que el propio Zózimo indica al final, a partir del doble significado del verbo vengo, según su procedencia de venir o de vengar, es la síntesis de este recorrido. Pero su venganza no tiene nada que se parezca a un mero resentimiento personal, sino que se transforma en una batalla para realizar un mundo donde lo que ha pasado con sus padres no puede repetirse.

Las memorias de Zózimo tienen un sabor felizmente anacrónico. Proponen, a través del ejemplo concreto, valores que están en riesgo de desaparecer bajo la marcha aplastante de un proceso de nivelación fundado en los criterios exclusivos de la eficiencia y del éxito. En sus narraciones de luchas y de episodios de hermandad no aparecen héroes, sino hombres de carne y hueso, con todas sus contradicciones. La militancia política y sindical se mezcla en cada momento con la vida personal, en formas no siempre homogéneas. Los personajes aparecen con sus defectos y sus miserias, sin ninguna tentativa de idealizarlos. Al mismo tiempo, Zózimo se preocupa de destacar todos los episodios que atestiguan el rescate de los valores colectivos.

Otro aspecto muy significativo es la relación tan especial que Zózimo mantiene con el trabajo. Al lado de la denuncia firme de la explotación y de la defensa incansable de la dignidad de los trabajadores, hay un orgullo profundo por las realizaciones del quehacer humano. Las naranjas producidas por la gran hacienda Huando representan un valor precioso, que debe conservarse en la nueva organización cooperativa. Por eso reacciona con fuerza contra todas las manifestaciones de descuido, que rompen la visión comunitaria y señalan la afirmación de un espíritu individualista.

Los años de Velasco Alvarado, con todas sus contradicciones, aparecen enfocados desde abajo, desde la visión de sus protagonistas humildes. Tal vez es uno de los primeros testimonios directos de la vivencia diaria de una época importante y que hasta hoy está esperando una valoración adecuada. Lo mismo se puede comprobar por lo que se refiere al APRA. En ambos casos, Zózimo nos ofrece una perspectiva muy diferente de la que proporciona la historia oficial. El día en que testimonios como el suyo entren a formar parte de una historia integral del país, el Perú habrá avanzado decisivamente en su proceso de formación de una nación.

INTRODUCCIÓN

Pasé parte mi infancia y primera juventud en una hacienda de la costa peruana, propiedad de una familia poderosa del Perú. Huan-do era un ejemplo en el empleo de métodos y técnicas modernas de agricultura pero era también un centro de vida tradicional cuyos propietarios se enorgullecían de conservar y mantener un estilo de vida que era considerado un modelo de lo que en el Perú se designa como criollismo. Tenía yo siete años cuando en 1959 mi madre casó con Fernando Graña Elizalde, uno de los propietarios de esa hacienda.

Allí vivimos los últimos años fulgurantes de una clase social cuya hegemonía se quebró cuando el general Juan Velasco Alvarado le arrebató el poder a Fernando Belaúnde Terry, defenestrándolo de Palacio de Gobierno la madrugada del 3 de octubre de 1968. Poco tiempo después, en 1969, el gobierno militar impuso una Reforma Agraria. Los Graña perdieron sus tierras.

Después de muchos años regresé a la ex hacienda convertida en cooperativa. En esporádicas visitas fui notando el deterioro paulatino del lugar donde perdimos el paraíso. Al recordar los años deslumbrantes que nos tocó vivir pensé escribir sobre la vida en aquel jardín encantado. Pero también quise saber como había sido la vida al otro lado del muro que rodeaba esos días de esplendor.

Fue así como en casa de Arturo Sánchez, uno de los antiguos capataces de la hacienda, conocí a Zózimo Torres, el líder sindical

que con su tenacidad destronó a la familia que durante casi cinco generaciones gobernó Huando. Al escuchar su historia entendí que esa era la historia que había que contar. Pero antes de dejar hablar a Zózimo quiero contar cómo era Huando antes de la caída, cuando la familia Graña trabajaba y vivía en el resplandor de una de las haciendas más prósperas del Perú.

“LA SUCURSAL DEL CIELO”

Gosta Burenium, mi padre, se estableció en Lima a mediados de los años 1940. En uno de sus viajes de negocios a Estocolmo conoció a mi madre. Bellísima, recién casada en ceremonia civil en Nueva York, paseaba en su bicicleta Monark por el malecón de Ancón en bluyines remangados, que sólo se veían en las películas de James Dean. Yo iba con ella acurrucada en una canasta roja colgada del timón. En un baile conoció a Fernando Graña. Mi padre se alejó en su Daimler desca-potable color crema. Con temple nórdico, no dejó que nada empañara su amistad con los hermanos Graña Elizalde y, esporádicamente, nos visitaba en la hacienda.

Cuando todavía era la señora de Burenium, mi madre deslumbraba en los desfiles de moda benéficos de las damas de sociedad en el Country Club de San Isidro. Algunas tardes me mandaba con mi mamá Josefina a Palacio de Gobierno, cuando Clorinda Málaga de Prado, esposa del Presidente de la República, invitaba a los niños de buena familia a la matinée en el cine privado de la residencia. Apenas desposó con Fernando Graña dejamos de ir a bañarnos a La Herradura. Él prefería que frecuentáramos a sus conocidos en el club Waikiki de Miraflores. La gente bien de Lima se lamentaba que el Perú fuera un país de “indios pestíferos y chunchos salvajes”.

Mi madre regresó de su luna de miel en el Caribe en un avión de hélice de Panagra al aeropuerto de Limatambo en San Isidro. Llegamos a la hacienda en su Chrysler marfil con aletas escarchadas de oro, regalo de matrimonio de su flamante esposo. Fernando Graña destacaba en las páginas sociales y deportivas de *La Prensa* y *El Comercio*. Arquetipo del gran señor criollo, fue criador devoto de caballos de paso y gallos

de pelea campeones. Educado en Inglaterra y EEUU, exaltaba la perfección en todos sus actos. Fue eximio jugador de polo, deporte que practicó en equipo con sus hermanos en el Lima Polo & Hunt club de Orrantia del Mar y en España, donde alguna dama aristocrática aún recuerda su porte de galán latino.

Huando, la empresa agrícola que administraba con notable éxito en sociedad con su hermano Antonio, era una hacienda modelo, y no sólo en el Perú. Las páginas de las revistas internacionales y los reportajes en la televisión extranjera daban cuenta del esplendor de Huando y de la familia que la regía. La prensa nacional resaltaba los lauros deportivos del equipo de fútbol de la hacienda, el Social Deportivo Huando, y en provincias se bailaba un huaynito que alababa la dulzura de sus naranjas. Fue bailando ese huaynito, cuando era un joven jornalero de la hacienda de la familia Letts en Sayán, como Zózimo Torres empezó a soñar con ese paraíso. Y como recalcó en uno de nuestros primeros encuentros: “¡Imagínese, señorita, cual sería su prestigio que hasta los loros decían naranjas Huando!”.

Y es que las naranjas se promocionaban con ingenio. Se repartían generosos premios a los propietarios de los loros que dijeran naranjas Huando ante los micrófonos de las emisoras radiales de mayor sintonía. “¡Aurorita, di pues, naranjas Huando!” rogaban los limeños a sus loritos, ansiosos por ganar el concurso tan curioso. Y los hermanos Graña, inspirados en las trepanaciones incaicas que se recrearon en los quirófanos del Hospital Obrero por esos años y que deslumbraron a su tío paterno, el doctor Francisco Graña Reyes, idearon otro concurso que causó sensación. Se premiaba con un billete entero de quinientos soles a los que encontraran la mitad del premio escondido en el corazón de algunas naranjas.

De niña, en la casa hacienda, recuerdo haber visto a Fernando Graña pasar horas en silencio sepulcral, manipulando naranjas con precisión de cirujano. Premunido de lupas y artefactos afilados, insertaba los billetes recortados, enrollados en celofán, en minúsculos orificios que luego sellaba con cera antes de disimular personalmente las naranjas ganadoras en las cajas de fruta, que salía todas las madrugadas a los mercados en época de cosecha. Y en todas las ciudades del país los frutereros recorrían las calles empujando carretillas rebosantes de